Solo eramos unos críos

@madriles_80

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Justo después de la Transición, de la Movida Madrileña, del Rock-Ola, llegó otra época, una nueva generación donde casi todo nos vino dado, las libertades y la democracia fue algo que no llegamos a valorar todo lo que merecía por formar parte de nuestras vidas, corría por nuestras venas.

Existe esa sensación de que en algunos aspectos estábamos más avanzados que ahora y había ciertas libertades que nos podíamos permitir que ahora serían impensables. Digamos que no había tantos límites impuestos a la sociedad. Supongo que si lo has vivido, sabrás a que me refiero.

Crecimos con Mazinger Z y con la llegada de las películas en los videoclubs y los videojuegos de los míticos ordenadores de 8 bits spectrum, amstrad, commodore o el MSX. ¿Quién no fue alguna vez al Rastro a comprar video juegos pirateados?

Eran tiempos de ser mayor porque pensabas que ya lo eras, aunque se estaba equivocado. Años donde cada día se escondía un nuevo descubrimiento.

Un periodo donde los adolescentes podían divertirse bailando (y bebiendo alcohol sin ninguna prohibición) en las grandes discotecas, ya que estas tenían dos turnos de apertura. La heroína fue la droga más popular y que se llevó a muchos jóvenes por delante, los conocidos yonquis de la época. Las drogas de diseño todavía no se habían introducido masivamente, al menos en Madrid, aunque estaban a punto de hacerlo muy pronto, en la década de los noventa que estaba a la vuelta de la esquina.

Discotecas como Jácara plató Madrid, Four Roses, Pachá, El callejón, Die Mauer, Oh! Madrid, Graf, Keeper, Contrastes, Navy, Ekus, But, por nombrar algunas, son las que estaban de moda en ese momento y que son frecuentadas por esa tribu urbana tan popular de la época, los pijos, muy influenciada por las modas y las marcas caras, las motocicletas, las greñas y por supuesto los pantalones pesqueros con calcetines de rombos.

En cuanto a la música, los ochenta fueron una época gloriosa, donde grupos de rock, tecno, pop y el llamado Acid house irrumpieron a nivel nacional.

El cine no se quedaba atrás tampoco, y grandes películas, verdaderos clásicos como ET, Los Goonies, Regreso al futuro, Karate Kid, Gremlins,

Los Cazafantasmas, etc. aparecieron en las grandes pantallas de cine de barrio como el Benlliure, Capitol, La Vaguada, Gran Vía, etc. que lamentablemente hoy se han extinguido dando paso a las grandes superficies comerciales y las mega salas de cine en 3D.

¿Quién no se ha entretenido alguna vez jugando al billar o al futbolín en esos salones recreativos que apestaban a humo de tabaco pero que no parecía perturbar a nadie? Hoy en día esas salas escasean y solamente se ven esporádicamente futbolines en algún garito de copas, bañados en alcohol del malo.

Ah, se me olvidaba, en esa época aún se ligaba en las discotecas y garitos, no como ahora que se hace en Internet.

Aunque suene a tópico, todos los personajes y sus fechorías son ficticios, aunque los lugares son todos reales y que algún día existieron o continúan existiendo en Madrid.

El lenguaje utilizado en la novela, más bien jerga, no es políticamente correcto y no está suavizado, siendo algo atrevido y sórdido, pero que intenta acercarse lo más posible a sus personajes.

Con este libro, el objetivo es poder transportarles unos años hacía el pasado y entretenerles con cada una de las historias de sus personajes. Los más nostálgicos, recordaran con humor su adolescencia.

Jaime, un adolescente acomodado y muy mal estudiante, parece que su única aspiración en la vida es salir de discotecas con sus colegas pijos, emborracharse, buscar broncas y ligarse algunas niñas. Su objetivo más inmediato: perder la virginidad y vengarse de un grupo de *jevies*.

Vicky, una niña de papá que vive con su madre en Diego de León, es excelente en el colegio y muy responsable. No ha tenido suerte encontrando al chico que le guste, aunque no tiene prisa porque sabe que ese momento ya llegará. Sus amigas, que son más zorronas, quizás no sean las mejores influencias.

Libro completo disponible y publicado en Amazon España (tanto ebook como tapa blanda) con el nombre de **La calle del troncho**

https://www.amazon.es/dp/B084V598J8

Capítulo 2

Capítulo II

Madrid, 1988.

Después de soportar los empujones de la muchedumbre aglutinada en la puerta, y conseguir hacerse un hueco en la más que probable sala pasada de aforo, Jaime intentó localizar a Santi y a Víctor. Durante su aventura hacia la barra, se entretuvo observando a la fauna urbana como gritaba sin parar al son de la música que provenía de la inmensa pantalla, donde ponían videos musicales. «*Algunas tías para ser jevis están bastante buenas*», pensó. El melenudo que llevaba delante, iba embutido en unos estrechos pantalones de pana y pata de esa de elefante, que Jaime tanto odiaba porque le resultaban horrorosos. Se observó de nuevo su indumentaria y al verse con esa chupa vaquera llena de parches de *Iron Maiden y Kiss* le entró el bajón, «q*uien me iba a decir a mí que algún día llevaría estas ropas y me mezclaría con esa calaña*». La sala *Canciller* estaba ya a rebosar. El ambiente era porro puro y duro y no quedaba más remedio que respirarlo, así que el colocón de Jaime comenzaba a ser importante. Se detuvo un instante para encenderse un pitillo.

Acercarse a la barra parecía una ardua tarea, todo el mundo se arremolinaba con el deseo de vaciar los barriles de cerveza. Continuó buscando por todos los lados pero no consiguió encontrarlos. Se fijó en cuatro flacuchos greñudos que jugaban al futbolín, y como no podía ser de otro modo, allí estaban pegados a los mandos, eran ellos. Se acercó con discreción para observarles jugar, pero enseguida levantaron la mirada, y sonrieron.

—Coño Jimmy, ya era hora, ¿no? —exclamó Víctor, más concentrado intentando defender la portería.

—TOMAAA, golazo —gritó Santi al empotrar la bola en la portería contraria.

Los dos jevis que estaban siendo machacados, al acabar la partida se perdieron en la pista entre el mogollón de gente, mientras otros dos que esperaban turno, pusieron una moneda para jugar.

—Ya no jugamos más socios, nosotros nos vamos —dijo Víctor a los que esperaban turno ansiosos y que portaban sendos minis de cerveza entre sus manos.

Los tres se saludaron efusivamente y se echaron unas risas al verse con

los “disfraces”. Santi hizo hincapié con sus brillantes calcetos blancos.

—Joder como está esto tronco, si es que no cabe ni un puto *jevi* más —dijo en tono despectivo.

—Bueno Jimmy, ¿los has localizado? —preguntó Víctor cambiando de tema.

—Sí sí, han venido como cuatro o cinco, sus motos las tenemos controladas.

—Bien, buen curro tío, el Esteban está por ahí, detrás de la barra limpiando un poco.

—Vale guay, lo que haréis ahora es esperar en la barra tomando algo y en cuanto vea que estos se acercan os señalo quiénes son y en un descuido les metéis esto en las copas —dijo Jaime entregándoles una bolsita.

—Joder pues yo no puedo tomar nada que estoy sin blanca macho —bromeó Santi.

—Venga no seas buitre, si tu viejo te ha dado cinco talegos hoy. —contestó Jaime haciéndole sonreír.

Víctor y Santi se dirigieron hacia la barra, mientras Jaime se quedó merodeando por ahí en busca de sus enemigos acérrimos. La peña empezó a volverse loca dando saltos y simulando con gestos que tocaban una guitarra, al son de una canción de *Kiss* que retumbaba a todo volumen por los grandes *bafles.*

Baby, let's put the X in sex

Love's like a muscle and you make me wanna flex

Baby, let's put the X in sex

Keep it undercover, baby let me be your private eye

Let's put the X in sex

Love's like a muscle and you make me wanna flex

Baby, let's put the X in sex

Keep it undercover, baby let me be your private eye

Let's put the X in sex

Love's like a muscle and you make me wanna flex

Baby, let's put the X in sex

Keep it undercover, baby let me be your private eye

Let's put the X in sex

Love's like a muscle and you make me wanna flex

Baby, let's put the X in sex

Cerca de los baños había dos colas, aunque una claramente era más larga, la de las tías que se arremolinaban allí para poder entrar y retocarse su histriónico maquillaje. Jaime se fijó detenidamente, y para su sorpresa, tres de ellas le eran muy familiares. Se acercó un poco más sin dejarse ver para confirmar que eran ellas. «*¿Qué cojones estarán haciendo aquí Vicky y sus amigas?*». Desde la lejanía y mezclado entre la peña, husmeó un poco. Ellas estaban charlando muy amistosamente con unos melenudos que también esperaban turno para mear. «*Un momento…¿no es ese el hijo de puta y sus amigos*?», pensó.

Ese cosquilleo y esa rabia contenida que sintió Jaime, debían ser los famosos celos esos que aún no había experimentado. Se quedó un rato pensando en si merecía la pena continuar adelante con el plan, «e*ncontrarme con estas en esta discoteca era lo último que esperaba, y que me vieran con estas pintas sería humillante*».

Intentó escabullirse del lugar y aventurarse de nuevo en el casi imposible camino hacia la barra, recibiendo empujones y algún codazo que otro hasta que por fin localizó a estos que estaban relajadamente tomando unas copas. No pudo evitar reírse de nuevo al verles con esas pintas de *jevis* y lo bien que pasaban desapercibidos en el *Canciller*. Santi pensaba que lo bordaba con esos pantalones de pitillo y los pelos cardados, y Víctor, aunque se veía menos en el papel de *jevi*, se creía que también daba el pego.

Estos pusieron cara de sorprendidos al ver a Jaime acercarse a ellos.

—¿Qué haces aquí tronco?, ¿qué ha pasado, no los has visto o qué?

—preguntó curioso Santi.

—¡Que va macho!, si que los he visto, lo que pasa es que hay un ligero problemilla.

Víctor y Santi pusieron cara de poker encogiéndose de hombros y enseñando las palmas de las manos en señal de asombro.

—Flipo joder, es que resulta que me acerco a los baños y ¿adivina a quien me encuentro?

—¿A quién? —preguntaron al unísono.

—A Vicky y a las amigas, pero lo peor no es eso.

—No me jodas Jimmy que hay más sorpresas —exclamó Víctor.

—Jooooder, que puta casualidad tronco, ¿y qué es peor que eso? —preguntó Santi estupefacto.

—Pues lo que más me jode, es que estaban hablando con nuestros "amigos", como si se conocieran de toda la vida.

Víctor y Santi que no salían de su asombro se quedaron un rato en silencio, como esperando a que Jaime dijera algo.

—Buah, a ver si van a estar liados con ella —dijo finalmente Santi.

—Que no hombre Santi, serán colegas solamente —dijo Víctor intentando quitar hierro al asunto.

—Bueno, lo que sea, me la suda, así que no quiero líos, y menos que me vean aquí y con estas pintas —exclamó Jaime ligeramente enfadado.

—Pero no se van a ir de rositas, ¿no? —preguntó Víctor, más bien afirmando.

—Pues no, al menos les pinchamos las ruedas y que se jodan.

—Y de paso les metemos una paliza —propuso Santi con tono agresivo.

—Eso es que no has visto como son, hay dos que parecen armarios —dijo Jaime.

—Venga ya, no seas nenaza —replicó Santi con chulería.

—No es ser nenaza, simplemente que son mayores y más tochos, tenemos las de perder, además, para variar los colegas del Enrique ni han

aparecido.

—Que hijos de puta, cobardes —insultó Víctor llamándolos de todo.

—Pero quizás tengas razón Jimmy, es mejor no liarla aquí en su "casa" que no salimos vivos. —dijo finalmente algo con sensatez Santi.

Jaime se quedó un rato pensativo mordiéndose ligeramente el labio inferior en señal de duda. Víctor a su vez, dio la impresión de que se le había iluminado una bombilla dentro de su cabeza.

— Correcto, es mejor pirarse ahora que no hay nadie ahí fuera y joderles al menos sus motos —sugirió Víctor.

Jaime vaciló pero aceptó la propuesta de Víctor.

—Bueno, venga, vámonos —dijo con resignación.

En ese momento *Rosendo* hizo su aparición en el escenario y la masa enloquecida comenzó a empujar hacia adelante para llegar hasta el escenario.

Sortearon a doscientos *quinquis (como se jactaba de llamarles Santi)* antes de poder llegar a la puerta de salida. La calle estaba solitaria, ya que todo el mundo permanecía dentro y armando un ruido ensordecedor. Solamente debían de quedar los cuatro mataos que no tenían entrada. Toni y los demás que se habían quedado fuera esperando, se entretenían bebiendo unas *litronas* y fumando como *cosacos*. Al verles salir de la discoteca, el descojone fue común, obviamente.

—¿Qué?, ¿cómo ha ido? —preguntó Toni a carcajadas acercándole la litrona a Jaime.

—Buah troncos, menudo marrón, va Jimmy y se encuentra a su chavala con los jevis esos —soltó el *bocachanclas* de Santi.

Las risas eran generalizadas, y a Jaime no parecía que le estuviera haciendo mucha gracia por los gestos que hacía con la cabeza moviéndola de un lado al otro.

—Anda, bébete el litro y cuéntanos que hacemos ahora. —dijo Toni.

—Oye, ¿y Enrique? —preguntó Santi mirando a su alrededor extrañado.

—Ese es un marica y se ha pirao en cuanto ha visto el percal —dijo Miguel.

—Joder, vaya cobarde de mierda, encima que sus colegas no han venido también nos deja tirados él —exclamó Jaime con decepción.

En ese momento Santi sacó una navaja de su bolsillo, la desplegó y todo decidido se fué directo a por las motos de los *jevis*.

—¿Cuáles son sus putas motos?, acabemos con esto ya. —gritó bastante enfadado.

—Venga sí, vamos a pinchárselas a esos hijos de puta —gritó también Toni —. Son esas de allí, la *Rieju* esa verde y blanca, la *Montesa* y la *Derbi FD* azul y blanca.

Sin cortarse un pelo, Santi comenzó a pinchar una a una las ruedas mientras Jaime y Víctor le cubrían para que el portero de la *Canci* no les viera.

Ya eran las diez y media y el concierto debía estar a punto de acabar. Algunos de los presentes abandonaron antes la sala y habían desfilado hacia el Metro el *Carmen*, caminando todo menos en línea recta.

Esperaron fuera hasta que los dueños de las motos hicieran su aparición y poder presenciar qué impresión se llevaban del regalito. Jaime estaba más atento a Vicky que a ver aparecer a esos capullos, así que se ocultó detrás de unos coches para no ser reconocido, aunque con tanto gentío que iba a salir, sería difícil que le vieran de todos modos.

Al rato se acercaron unos tíos a las motos, y Jaime, al fijarse detenidamente, pensó que medían más de lo que parecía ahí dentro « *menudos bigardos, cualquiera les dice nada*».

Vicky salía justo detrás de ellos con las amigas y para mayor decepción, se montó de paquete en la *Rieju*, agarrando bien de la cintura al cabrón que pegó a David con el puño americano. Santi y Toni miraron con complicidad a Jaime, sin articular palabra, bastó con una mirada para saber lo que pensaba.

No debían de ser muy caballeros por el detalle de ponerse ellos los cascos y no ofrecérselos a ellas. Arrancaron las motos y salieron en dirección a la calle Alcalá por el puente de Ventas. Jaime se montó detrás en la moto de Santi, y Miguel y Toni fueron en el "triciclo" que a saber de dónde cojones lo habían sacado. El aire se agradecía a esas horas de la noche, ya que refrescaba un poco. A estas horas circulaban muy pocos coches, y los que había eran de peña que iba y venía de marcha por Madrid. Los otros colegas del *jevi* se desviaron por la m30, pero la *Rieju* continuó su camino por la calle Alcalá, probablemente en dirección a la casa de Vicky en Diego de León. El velocímetro de la Vespino trucada de Santi marcaba casi setenta kilómetros por hora. No eran conscientes de los peligros de

conducir borrachos, el alcohol consumido esa noche era suficiente para la perdida de reflejos ante cualquier circunstancia.

A la altura de Manuel Becerra, la *Rieju* hizo un extraño, se balanceó y cayó al suelo. Vicky salió despedida y fue a parar a la isleta de césped, golpeándose contra un árbol. El melenudo quedó atrapado entre el suelo y su moto. Santi paró enseguida la moto y salieron corriendo hacia ella. Jaime gritó de desesperación al verla allí tirada, inconsciente. Intentó abrazarla pero Santi le gritó para que no lo hiciera, ya que lo mejor en caso de accidente era no moverla del sitio. Trató de hablarla pero no contestó, estaba inconsciente

Capítulo 3

Capítulo III

Madrid 1987, casi un año antes.

De madrugada, y estando dormida profundamente, la despertaron unos gritos de niñatos, pidiéndole a alguien que le dejara en paz, que le soltase, que se fuera a tomar por culo. Se despertó bruscamente, y Ramón que estaba siempre con los cascos puestos escuchando música, no se enteró de nada. Salió al jardín de su casa como Dios la trajo al mundo, se asomó a la puerta de calle y allí, pegados a los columpios del parque, vio varias cabezas, dos hombres y una mujer, le pareció que se movían de manera violenta. Gritó nerviosa, tirando a histérica: JAIME YA VOY. Entró en casa gritándole como una loca poseida a Ramón para que llamara a la policía, que estaban agrediendo a su hijo en el parque. Se puso un camisón horrible que se le transparentaban las tetas. Salió de nuevo corriendo como alma que lleva el Diablo mientras gritaba que ya llegaba. Al darse cuenta de que no llevaba nada para defenderse, volvió y cogió un palo de golf de su marido. Al abrir la puerta de la calle, se encontró a un grupo de adolescentes borrachos que la miraban sorprendidos. Ella seguía sosteniendo la “espada de luz” entre sus manos. Se quedó paralizada y roja como un tomate. Se dio la vuelta para regresar a casa mientras Ramón no paraba de gritar también al no saber que cojones sucedía. Al volver a casa, lo encontró allí con otro palo de golf entre sus manos. Ella le tranquilizó y le dijo que todo era una falsa alarma. Cuando Jaime se levantó y salió de su habitación, sus padres le miraron como si hubieran visto un fantasma, pero no dijeron nada, y a Jaime tampoco le importó o probablemente de la resaca que llevaba, ni se enteró.

Se dio una ducha rápida. Al salir, con el pelo aún mojado, se agarró un mechón del flequillo y lo estiró hasta que casi lo pudo tocar con el labio superior. Con un movimiento rápido de la cabeza lo echó hacia atrás y lo secó ayudándose de la toalla. Pensó que ya estaba lo suficientemente largo como para poder llamarlo greñas.

Miró hacia abajo y vio la vieja báscula en el suelo, aún con algo de polvo. Aprovechó para pesarse, «bueno, sesenta kilitos, no he engordado nada estos días, estoy igual que siempre, fibroso». Finalmente se acercó al espejo y se espachurró con los dedos un granito que le había salido en la nariz.

Mientras comían juntos en el salón viendo el telediario, sus padres "los protectores" escuchaban atentos las noticias, siempre trágicas. Su padre cogió el mando de la televisión y subió el volumen. La banda terrorista

ETA acababa de cometer un atentado en Barcelona.

Ellos comentaban entre sí lo sucedido, haciendo gestos de negación con la cabeza, Jaime parecía que tenía los pensamientos en otras cosas y prestaba más atención al reloj que a la televisión.

—¿Qué te pasa hijo?, te noto algo inquieto —preguntó su madre poniendo mucho énfasis en su pregunta.

—Sí Jaime, no paras de mirar el reloj, si todavía queda mucho —dijo su padre.

—No me pasa nada, solo miraba la hora —contestó de forma súbita.

—¿Y a qué hora te acerco luego a Pozuelo?

—Ah pues… he quedado con mi colega a eso de las ocho allí, en su casa. Miró de nuevo el reloj y vio que eran las tres y pico.

—¿Ese Borja no es el que su padre trabaja en la radio y es muy famoso?

—¿Uno así muy grandote y feo? —preguntó su padre.

Jaime afirmó con la cabeza.

—Pues ya me dirás a ver qué tal es su casa, se educado con sus padres.

—Que no mamá, que no es en su casa, es dentro de la propia urbanización.

—Es una fiesta comunitaria en los jardines, organizada por los propios vecinos y según parece lo tienen muy bien montado —le aclaró su marido.

—Qué suerte. ¿Y vas a ir con esas pintas?, ¿con esos pantalones pesqueros?, que parece que te han encogido… ¿no te da vergüenza llevarlos tan cortos? —preguntó su madre.

—Joder mamá, es como se llevan ahora, si es que estáis anticuados, en fin...

—Y por cierto, a ver qué hacéis allí, no vengas muy tarde y no bebas mucho a ver si te va a sentar mal —volvió a decir con ese instinto protector que le caracterizaba.

—No te preocupes cariño, no vendrá muy tarde, porque iré a buscarle

luego a las once y media.

—Si mamá, papá seguro que está puntual para buscarme y me rescatará del peligro —dijo Jaime con ironía.

Su padre se fijó detenidamente en sus greñas y obviamente no pudo quedarse callado.

—Y a ver si te cortas el pelo como dice tu madre, que así pareces una niña y creo que te queda mejor corto.

—Si papá lo que tú digas, «si pudiera decirles lo anticuados que parecen ellos».

—Bueno, la verdad es que cuando voy por la calle me fijo que todos visten iguales, con esos pantalones tan cortos y esos pelos largos, será la moda de hoy en día —comentó su madre mientras recogía los platos de la mesa.

—Es que seremos unos carcas y unos anticuados —murmuró.

Volvió de la cocina, y por supuesto, continuó con el mismo sermón.

—Y no lleves la camisa blanca esa tan fea, que no te favorece hijo, con lo blanquito que eres, mejor llévate algo oscuro.

—Ya los se mama, me pondré la camisa azul marino que me regalaste.

Jaime se pasó el resto de la tarde dando un paseo por el barrio, algo nervioso y con ganas de que llegase ya la hora. Una de sus mayores preocupaciones era que conversación mantener cuando le presentaran chicas, como ligar con ellas.

Al volver a casa, como ya era casi la hora de irse, se apresuró a vestirse, echarse bien de colonia y peinarse a conciencia. Se despidió de su madre con un beso. Jaime y su padre fueron al garaje a recoger el flamante Seat ciento veinticuatro. Su padre, que es el que conducía, cogió la M30 en dirección a la carretera de La Coruña y de ahí hasta Pozuelo. Durante el trayecto, Jaime le pidió que por favor no le dejara justo en la puerta de la urbanización, que le daba una vergüenza tremenda que alguien le viera como le llevaba papá a la fiesta. Su padre se encogió de hombros, un poco asombrado con la preocupación absurda de su hijo.

—Y qué más da hijo, bah, si es que sois unos tontolabas, a ver si te crees

que va a estar todo el mundo mirando a ver cuando llegas.

Esa noche el cielo estaba tan oscuro que se vislumbran a la perfección todas las estrellas; y Jaime, desde su posición boca arriba tumbado en la hierba del jardín, las contemplaba fijamente, intentando localizar algunas figuras conocidas. La vista era inmejorable y la tranquilidad sería absoluta si no fuera por las risas y alborotos de la gente que provenían de la fiesta. De vez en cuando conseguía captar algo de alguna conversación lejana, pero todas parecían mezclarse entre sí. Por las pisadas en el césped, notó que alguien se acercaba y escuchó entonces una bonita voz femenina preguntándole algo. La mezcla de todo tipo de combinados le había dejado en ese estado completamente ebrio. Era obvio que mezclar ron con kiwi, vodka con naranja, licor 43 con cointreau y güisqui con Coca Cola, no debía de ser lo mejor para el cuerpo.

—«¡Hola!, ¿te gustaría enrollarte conmigo?».

Siendo realistas, ese ¿te gustaría enrollarte conmigo? es lo que desearía que la chica le hubiera preguntado, pero lo que realmente debió de preguntar, es algo como: ¿estás bien?; lo que pasa es que probablemente algo despertó su instinto sexual. Con la borrachera que llevaba encima en ese momento, Jaime se habría enrollado a cualquier cosa o persona que se hubiera acercado, incluso con el árbol que le protegía de los focos que provenían del portal.

—¿Chaval, estás bien? —preguntó una chica pelirroja con pecas en la cara.

—Siii, solo un poco mareado —balbuceó a duras penas.

—¡Vaya pedo lleva!, ¡joder, está todo potado!, ¡qué asco! —exclamó espantada otra, con el pelo corto, minifalda y medias hasta las rodillas que le daban un aspecto bastante sexy.

Jaime intentó levantarse como pudo con la ayuda de ellas, sin poder evitar quitarles ojo a sus vaqueros manchados con su propio vómito. En el césped, donde apenas unos minutos antes yacía tumbado semiinconsciente, se observaba un charco de pota. Al incorporarse, y viendo el estado en el que se encontraba, le abandonanaron allí solo, mientras se alejaban murmurando no se qué…

Como un zombi, se acercó al meollo de la fiesta otra vez, tambaleándose, percibiendo las miradas de la gente que había alrededor, y cuando se aproximó al portal de donde provenía la luz, entre la multitud consiguió

ver al grandullón de Borja que estaba con un grupo de amigos charlando en su interior. Su camisa a rayas azules y sus Levis 501 eran inconfundibles. Detrás de ellos estaba la barra improvisada, llena de botellas semivacías y vasos de plástico tirados a su alrededor, formando montones de basura.

La cara de asombro de Borja y sus colegas al ver a Jaime acercarse hacia ellos no tenía desperdicio.

—¡Joder Jimmy!, ¿dónde te habías metido?, llevas desaparecido toda la tarde, vaya ciego llevas, pensábamos que te habías pirado —dijo Borja riendo a su vez.

—Estás súper pálido, bebe un poco de agua —sugirió Bruno, un colega de Borja.

—Y vaya ojos más vidriosos tienes —dijo Alejandro, otro amigo.

—No se te puede sacar de casa macho —bromeó Borja quitándose el flequillo que se le ha quedado sobre los ojos y dejando ver el aparato de su boca.

Jaime se acerco a la barra y cogió una botella de agua para bebersela de un trago.

—¡Joder que sed tenía!, es que me he pasado mezclando copazos y me empecé a sentir mal, así que fui a potar allí, —dijo señalando unos setos, al fondo del jardín—. Después me he debido quedar sobado en medio de mi propia raba, ¡joder como me he puesto los pantalones, que asco!

Ellos se miraron con complicidad y empezaron a descojonarse mientras Jaime les contaba la historia.

—Luego se acercaron unas tías que estaban cerca y me han ayudado a levantarme —prosiguió.

—Pobres tías —le dijó Borja a Bruno sin parar de reír.

«¿Estos hijos de puta no se estarán riendo de mí?», pensó.

—¡Pues macho Jimmy!, te has perdido lo mejor de la fiesta, aquí había unas chavalas que te cagas, te las habría presentado, bueno… no en este estado lamentable que llevas, pero me han comentado que el finde semana que viene van a ir a *Four Roses* y que a ver si nos pasamos y tal...

Jaime había oído muchas historias sobre la discoteca del momento, al borde de la carretera de la Coruña, sublime en primavera o verano debido a sus exteriores rodeados de jardines y la piscina. Antes era la sala *Nueva Romana*, de ahí sus columnas de la época. Se escuchaba mucho por la televisión, en las noticias, historias de borrachos kamikazes que bajaban a Madrid por dirección contraria. Justo al lado, frente a frente, estaba *Oh! Madrid*, otra disco bastante pijilla y popular.

—Pues de puta madre VAMOS A FOUR ROSES A FOLLARNOS A TODAS LAS TÍAS, ¡JODER QUE SON UNAS ZORRAS! —gritó viniéndose claramente arriba.

—shshhhhs, calla joder que estas armando una de pelotas —le pidió Borja mirando a su alrededor avergonzado.

Los colegas estallaron de la risa viendo el estado en el que se encontraba y las gilipolleces que decía continuamente.

—Claro, lo que tú quieras, pero allí contrólate con los cubatas, a ver si nos van a echar —dijo Bruno guiñándole un ojo.

—Por cierto Jimmy, ¿vendrá tu padre a buscarte en un rato, no? Lo digo para que te laves un poco el gepeto en el baño, bueno no solo la cara… que tienes una pinta de guarro…

Un par de horas antes aproximadamente, en pleno subidón, estaban poniendo *Un pingüino en mi ascensor*, el grupo favorito de Jaime.

Cuantas veces te he pedido neeeena, ven conmigo esta noche a la verbena, y tú te acabas, tranquila tu caaaña, y me dices que soy un hortera, que ya no se bailan suspiros de España, que estamos en una nueva eeeeera.

Al principio fue de tímido, de pardillo, aunque no tardó en hacerse amigo de la barra y pasar a ser el tío más guay de la fiesta, o bueno, eso pensaba él. Ahí estaba dándolo todo y pidiendo copazos de todo los tipos y colores. Es en ese momento cuando empezaba a ver caras felices por todas partes y su excitación sexual aumentó de tal forma que se puso a decirles gilipolleces a todas las tías con las que se cruzaba. No era de extrañar que su imaginación le jugara malas pasadas pensando que todas le estaban mirando con deseo. Con casi quince años ya podía presumir de

haberse pillado su primer gran pedo, y con pota incluida.

Se lavó bien la cara y enjuagó la boca en el baño e intentó que los vaqueros quedaran un poco decentes para cuando viniera su padre a buscarle. Con ayuda del papel higiénico quitó algún tropezón incrustado.

Jaime fue a despedirse de Borja y sus colegas, que seguían de cháchara.

—Ya llevas mejor pinta, más decente —dijo Borja al verle—. Pero de ahí a darte un abrazo… —dijo poniendo cara de asco.

—Hasta luego, contrólate la próxima fiesta —sonrió Bruno.

Jaime también forzó los músculos de la boca para hacer como que sonreía, pero en el fondo estaba muy avergonzado por haber bebido como si no hubiese un mañana.

—Bueno chavales, nos vemos otro día, me voy pitando que estará a punto de venir mi viejo, nos vemos en *Four Roses* un día.

—A ti te veo el lunes en el cole —le recordó Borja.

Entre risas y burlos se despidieron.

Su padre no tardó mucho en aparecer con el coche, y cuando le vio en ese estado preguntó:

—¿Pero qué has hecho? ¿Qué has bebido?, ¿has visto que pinta de guarro tienes? Ya verás cuando te vea tu madre.

«*Será lo que no he bebido*»… pensó él.

—Bueno… unas copillas de *ron y güisqui*, lo típico, pero como casi no he cenado, me ha debido de sentar mal —mintió descaradamente.

—Sí, sí claro, a ver si te vas a creer que he nacido ayer, que yo también con quince años salía de fiesta, que todos hemos bebido alguna vez y nos hemos emborrachado, o que te crees, ¿que eres el primero?

«Ya está con las batallas del abuelo»

—Que si papá… lo que tu digas.

Mientras su padre conducía de vuelta a casa, escucharon a Supergarcía en la radio, donde el butanito estaba hablando del Real Madrid, pero él, en su estado catatónico se quedó sobado como un tronco en el asiento del copiloto.

Sábado, al día siguiente.

David y Jaime habían quedado en *Pachá* con Sonsoles y Miriam, unas tías de su clase. Sonsoles estaba un poco entrada en carnes, "vamos, que estaba gorda" pero como salía siempre con Miriam que estaba bastante buena, pues la utilizaba de cebo para atraer a los tíos y que le cayera alguno de vez en cuando. Era la primera discoteca a la que iban y aunque no lo admitieran, estaban algo nerviosos.

Mientras hacían cola durante un buen rato, se entretenían viendo pasar a todo tipo de pijos engominados y tías de esas que quieren aparentar mucha más edad de la que tienen, maquilladas hasta las orejas.

En cuanto se acercaron a la puerta, el mamón del relaciones, un tipo alto con camisa rosa a rayas y con su pelo cuidadosamente retocado con diez capas de gomina, los caló enseguida dándose cuenta de que no tenían dieciséis años ni de coña, además, esos granos de adolescentes les delataban fácilmente. Al pedirles los *deneis*, el relaciones los miró con cara de pena al principio, pero enseguida les dijo sarcásticamente que volvieran en un par de años. Le suplicaron como gilipollas pero no hubo forma.

Allí estuvieron como una hora rondando la entrada y con esperanzas de entrar, viendo a su pesar como muchas de las niñatas entraban gratis con solo hacer muac muac en la mejilla de los relaciones engominados. Jaime

se divertía observando a los malotes fardando de greñas y como pagaban como pringaos. «En el fondo son como nosotros».

Por mucho que se esforzaran en aparentar ser más mayores, no colaba. David tenía una pinta de crío que no podía con ella, y bueno Jaime también.

Jaime miró de soslayo y pillo a David observando su jersey a rayas que se había puesto hoy.

—¿Y ese jersey Privata? ¿Es nuevo? —preguntó curioso.

—Sí, me lo compró mi vieja el otro día, vale un pastón —respondió sin apenas mirarle.

—Es súper chulo —dijo mientras se acariciaba el parche triangular que llevaba la marca—. Pues mi viejo es un tacaño y no me compra esos jersey, y como encima he cateao cuatro, a parte de las galletas que me ha soltao, dice que no voy a salir más en dos meses.

—Joder que fuerte tío, pero si está forrao.

—Que va, tener un bar no es lo que parece, son muchos gastos, pagar a los camareros y eso, hay veces que no le da ni para el mes.

Aunque David no paraba de hablar, Jaime seguía más atento a las tías que iban entrando que a lo que estába contando.

—Oye tío, ¿Tú crees que conseguiremos entrar hoy? —preguntó fijándose descaradamente en su pelo rizado.

—Sí sí, ya verás, ahora entramos, tu espera —dijo guiñándole un ojo con gesto picarón.

—¡Anda que las putas estas se han preocupado de ver dónde estamos!

—Bah, esas van a su puta bola, a enrollarse algún tío dentro, pasando de ellas —exclamó David mientras observaba a un grupo de tíos con pinta de pijos tontos que tenían justo delante.

—Pues sí, además, si entramos con ellas, los pibones no se nos van a acercar, las van a espantar —dijo Jaime con cierta ironía pasándose la mano con los dedos abiertos por el pelo.

David alzó la vista y se quedó embobado mirando su melena larga.

—Por cierto, Jimmy, ¿te vas a dejar el pelo largo?

—Pues en ello estamos, si. Tú mejor no lo intentes que parecerías un negro —bromeó a sabiendas de que David nunca podría dejarse el pelo muy largo.

—¡Que gracioso!

—Anda que es broma, no te mosquees.

—Si no me molesta tío, estoy acostumbrado. Por cierto, no me dijiste que tal la fiesta de ayer.

—Buah tronco, fue la polla tío, como las de las pelis esas americanas de desparrame, de esas de niños de papá con motazas y tías de la hostia súper pijas que acaban follando todos con todos.

—¡Si no te comiste un colín!, no sé qué te crees, además qué asco tío, seguro que estaba llena de engominados de esos tontos, que hablan como si tuvieran un huevo en la boca.

—Lo que hace la envidia… pero bueno, tú tampoco es que seas muy diferente a ellos, ¿no?, con esas pintas que me llevas, mírate: llevas pantalones pesqueros, calcetos de rombos y esa camisa súper hortera verde con florecitas, vamos que eres un calco a esos engominados que dices.

—Bueno, es lo que se lleva ahora, ¿y tú con el jersey qué? —dijo un poco a la defensiva.

—Yo al menos lo asumo, vestimos como ellos y vamos a los mismos sitios, luego debemos de ser pijos también.

—Sí pero tú vas de malote con ese intento de greñas.

Un coche aparcado al lado de la discoteca But, que no paraba de pitar, interrumpió súbitamente la interesante conversación.

—Que pesao, te quieres callar, ¡coño! —dijo David señalando con el dedo al conductor del coche—. ¿Qué te estaba diciendo?... ¡Ah sí!, ¿qué cómo fue?

—Pues si me dejas hablar te cuento —digo haciéndole callar un momento—. Fue un flipe, había alcohol por todas partes y me pille un pedo, que me puse malo y todo potando. Una tías querían tema, pero como iba tan pedo…

—Si claro… a mí como no me han invitado —exclamó con un tonillo ligeramente envidioso.

—CALLA GILIPOLLAS —gritó en ese momento un niñato exaltado que estaba haciendo cola, obviamente refiriéndose al tío del coche que no deja de darle al pito.

—Joder la que está liando el notas —comentó Jaime.

—¿Y qué pasa que no me podías haber invitado a mi? —David seguía a lo suyo.

—Verás David, es que solo puede ir gente con clase —bromeó, mientras haciendo un gesto con chulería hizo como que se quitaba una mota de polvo del hombro.

—¿Clase tú?, buahhhhh.

«En el fondo tiene envidia por no haber sido invitado»

—Habló el ladrón… pues si tío, la clase no se hace, se nace.

El coche seguía pitando y se armó un pequeño revuelo alrededor de la calle. Uno en doble fila le impedía salir. La gente empezó a salir de distintos bares de al lado para a ver qué sucedía.

En un descuido de los relaciones, que también se interesaron por los pitidos, se quedó la entrada vacía, así que David rápidamente reaccionó y agarró de la chupa a Jaime, para en un abrir y cerrar de ojos colarse dentro, lo consiguieron, aunque solo quedaba una media hora para que cerraran la sesión de tarde.

Lo primero que le llamó la atención a Jaime y se le quedó grabado fue la música, estaba sonando una canción de *Bangles*:

All the kids in the marketplace say

Ay oh whey oh, ay oh whey oh

Walk like an egyptian

Dentro estába todo muy oscuro, y debido a ello, parecía mucho más grande de lo que era en realidad, aunque quizás fuera solo una sensación al estar tan lleno de gente. El suelo estaba algo pegajoso. Al alzar la vista descubrieron los demás pisos. La peña de arriba se apoyaba en la barandilla entreteniéndose observando el show de la pista. Según dicen,

Pachá antes fue el teatro *Barceló*. David se había quedado pasmado mirando a unas tías, así que Jaime le dejó un momento con las buenas vistas y se fue a cotillear un poco la zona superior, más oscura aún si cabe y llena de sillones, «*imagino que para que las parejas se enrollen a gusto* ». El ambiente quizás estába un pelín cargado del humo de los cigarrillos. Se asomó por la barandilla desde el segundo piso y observó divertido la pista de baile y a todos sus habitantes, la mayoría pijos, moviéndose para todos lados de forma coordinada, «*si bailan todos igual, parece que han aprendido en la misma escuela*», pensó. La cantidad de tías buenas que había era brutal. Desde las alturas divisó a David que seguía a su rollo. Bajó las escaleras y se reunió con él, que en esos momentos estaba echando humo por la boca como una chimenea. Jaime se encendió otro cigarro, más que nada por llevar algo entre los dedos y para sentirse más mayor y más guay «*me da más confianza en mí mismo*». Se quedó un rato observando todos los lugares y rincones de la discoteca. Al girarse, vio que a David parecía que le había dado un aire, le estaba mirando con cara de tonto, «*bueno, la que tiene*», pensó. La música estaba tan alta que apenas podían escucharse entre ellos y tenían que gritarse.

—JIMMY VAMOS A BAILAR A LA PISTA —gritó David.

—JODER QUE DE TÍAS BUENAS, DIOSSSSS —dijo Jaime alucinando.

—MIRA ESA DE AHÍ, QUE MINIFALDA LLEVA —exclamó David señalando a una chica con el dedo.

—Y QUE MEDIAS HASTA LAS RODILLAS, UHMMM COMO ME PONEN.

Bajó el escalón que llevaba a la pista e intentó imitar a la gente bailando, aunque de forma tan patosa y ridícula, que algunos grupitos miraban y reían entre sí. David, que no era *Fred Astaire*, también lo hacía como el culo, así que incluso Jaime no pudo evitar descojonarse.

—¿DE QUÉ TE RÍES?

—DE NADA.

David puso cara de extrañado, y eso hacía que Jaime se riera aún más.

Siguieron bailando al son de la música, integrándose con la gente, aunque sin demasiado éxito, asombrados por todo lo que veían y sentían a su alrededor. Parecían dos bebes con chupete nuevo.

—¿NOS TOMAMOS UN COPAZO? —preguntó David.

—PUES…ES QUE DEBE DE SER MUY CARO ¿NO?

—BAHH, SI NOS HEMOS AHORRADO LA ENTRADA, VENGA VAMOS —dijo David.

Se acercamos a la barra donde apenas quedaba gente porque eran ya casi las diez y quarto de la noche y estaban a punto de cerrar. En uno de los espejos del fondo, Jaime observó la diferencia de altura que tenía con David, «*joder, si es un retaco*», pensó.

Sonaba ahora *George Michael* por los altavoces.

—HOLA, ¿QUÉ OS PONGO? —preguntó el camarero, un tipo con chaleco y pajarita.

—PUES… ¿TÚ QUÉ QUIERES? —dijo Jaime mirando a David.

—BAILEYS CON CHOCOLATE.

—¿QUÉ?, ¿QUÉ COÑO ES ESO?

—ESTÁ MUY BUENO, TU HAZME CASO, ME LO DIJO SONSOLES EL OTRO DÍA, QUE ELLAS BEBEN ESO.

—PUES DOS BAILEYS CON CHOCOLATE —le pidió Jaime al camarero.

Al rato trajo los dos «cola cao». Jaime le dio un sorbo y por su gesto, parece que no le desagradó.

—JODER QUE BUENO ESTÁ ESTO TÍO.

—VES, YA TE LO DIJE, ADEMÁS EL BAILEYS COLOCA —exclamó David con esa cara de pillo tan característica, con sus mofletes colorados.

No perdían de vista a las tías que había sentadas en los sillones, cerca de la barra. De vez en cuando ellas miraban y se reían.

—MENUDAS PUTAS ESAS, MIRA COMO SE RÍEN.

—YA TE DIGO, VAMOS A ENTRARLAS —sugirió David.

Jaime se quedó pensando en la vergüenza que le daba hablar con ellas y respondió

—PASO, SEGURO QUE SE RÍEN DE LO CANIS QUE SOMOS.

—NO SEAS CAGUICA, SI NO MUERDEN.

—Cabrón, a tí como se te da muy bien darle al palique, pero ya sabes que

yo necesito ponerme un poco a tono.

—Pasa tío, si es cuestión de echarle un par, así he ligado alguna que otra, y eso que soy bajito.

—Y un poco rellenito —dijo Jaime en plan coña.

—Ni que tú fueras Robert Redford, no te jode.

—Robert Redford no sé, pero al menos soy más alto que tú y no tengo esa barriguita —le dijo agarrándole el pelo y tirando levemente de la cabeza en gesto amigable.

David que hizo caso omiso a su comentario, le dio un trago a su copa, alzó la vista un poco y me señaló con el dedo a lo lejos.

—MIRA ALLÍ, DONDE LOS SILLONES, ¿NO ES ESA MIRIAM?

Jaime siguió la dirección de su dedo y pudo observar a Miriam morreándose con un tío y bien agarrada. «*Que puta, si parecía una mosquita muerta*», aunque en el fondo no le habría importado rebozarse con ella un rato».

—JODER, PUES SI QUE ES ELLA —dijo entre risas.

—MENUDA GUARRA —soltó abiertamente David.

Jaime se quedó un poco impactado al ver a una de su clase dándose el lote con un tío. En el cole le parecían todas unas crías y no se veían esas cosas, pero está claro que cuando se soltaban el pelo y se maquillaban, cambiaban mucho.

David empujó levemente a Jaime y le señaló con su dedo una chica algo gorda con un vestido blanco hablando con un tío con pinta de gilipollas.

—Y ALLÍ ESTÁ SONSOLES, LA QUE ESTÁ A LA DERECHA DE PIE HABLANDO CON ESE. ¿LA VES?

—AHH SI, ES VERDAD, PERO NO CREO QUE SE LA COMAN NI DE COÑA, ¿NO?, MENUDO ESTÓMAGO.

—JA, JA, JA —rió soltando una carcajada David.

—¿VAMOS A SALUDARLA?

—NI DE BLAS, NO JODAS —respondió Jaime.

—YA VERAS CUANDO SE LO DIGAMOS A ESTOS, SE VAN A DESCOJONAR.

—ESO POR ZORRAS Y POR DARNOS PLANTÓN.

—A MÍ ME LA PELA YA, POR MI QUE SE ENTERE TODO QUISQUI. —dijo Jaime.

—CLARO COMO EL AÑO QUE VIENE TE CAMBIAS DE COLE, SERÁS CABRÓN, TODO EL MARRÓN PARA MÍ.

Jaime miró de nuevo a Miriam que seguía besándose con un chico y de pronto escuchó una voz femenina detrás de él y se giró sorprendido.

—¡HOLA! ¿TIENES UN CIGARRO POR FAVOR?

Al girarse, lo primero que le llamó la atención fueron unos ojos verdes preciosos. Se buscó en el bolsillo, pero de los nervios no atinó a sacar el paquete (el de tabaco).

—EH… SI CLARO, TOMA —le dio un Fortuna medio arrugado.

—¿Y FUEGO?

Se rebusco otra vez el bolsillo, sacó el mechero, se lo acercó y lo encendió con sus manos temblorosas. La luz de la llama hacía que resaltara aún más su belleza. Sus labios pintados de un rojo intenso, destacaban aún más con su pelo negro.

—GRACIAS, PERO ES PARA UNA AMIGA, AHORA TE LO TRAIGO —dijo cogiéndole el mechero de las manos y mirándole de nuevo fijamente.

David que no les había quitado ojo y presenció toda la escena, empujó levemente a Jaime.

—PERO TÍO, LA TENÍAS EN EL BOTE, VAYA PIBON MACHO. VETE Y DILE QUE TE LA QUIERES FOLLAR —rió.

—CALLA HOMBRE, JODER QUE BRUTO ERES.

—Shh Shh, ahí vuelve, no mires.

Se acercó de nuevo y se volvió a quedar mirándole fijamente mientras le devolvía el mechero. «*En ese preciso momento es cuando deseas que la tierra te trague*», pensó. Se quedo observando atontado su minifalda y esas piernas perfectas hasta que se alejó con sus amigas hacia la puerta

de salida. «*Creo que me he enamorado, que ha sido un flechazo*».

—¡Despierta coño! —exclamó David dándole un leve empujón.

El DJ en ese momento ponían a Madona a todo volumen.

Who's that girl, who's that girl

When you see her, say a prayer and kiss your heart goodbye

She's trouble, in a word get closer to the fire

Run faster, her laughter burns you up inside

You're spinning round and round

You can't get up, you try but you can't

¿Quién es esa niña? Who's that girl?

Señorita, más fina. Who's that girl?

¿Quién es esa niña? Who's that girl?

Señorita, más fina. Who's that girl?

En cuatro tragos se acabaron las copas y la peña comenzó a largarse, la música dejó de sonar y las luces hicieron acto de presencia; mostrando los verdaderos caretos de adolescentes de todos ellos. La discoteca ahora que estaba semivacía, no se parecía en nada a la de hace un par de horas y la pista de baile es como si hubiera encogido.

Los seguratas hacían su trabajo sucio echando a la gente que se quedaba rezagada como ellos.

—VAMOS TODO EL MUNDO FUERA, SE ACABÓ LA FIESTA.

Mientras caminaban hacia en Metro Tribunal, escucharon a un grupo de *heavies* guarros tirarse unos eructos. Daba la impresión de que iban bastante borrachos por los berreos que metían. Al verles llegar, uno de ellos se quedó mirando fijamente y sin decir palabra les arrojó una litrona de cerveza, empotrándose directamente en la cabeza de David. Las

carcajadas del grupito se escucharon por toda la calle, enmudeciendo los gritos de dolor de David que yacía en el suelo con toda la cara ensangrentada. Jaime se agachó para ayudarle a levantarse, pero de repente sintió un golpe fuerte en se espalda que le hizo caer también al suelo. Intentó protegerse como pudo la cara de las patadas que lanzaban, pero Jaime estaba más preocupado por el estado de su colega, que ni siquiera hacía el amago para contenerlas. Jaime vio brillar un objeto de metal y enseguida se percató de que era un puño americano. Se puso en posición fetal, cubriéndose la cabeza, y aún así, fue capaz de distinguir como un tío flacucho con los pelos largos lisos y una chupa azul oscura llena de parches, comenzó a golpear con el puño a David, que lo único que podía hacer era gritar y gritar. De repente todo se calmó y dejaron de pegarles, uno de ellos le gritó a otro que les dejara ya, agarrándolos para salir corriendo de allí. A Jaime le dolía tanto el pecho que apenas podía respirar. Levantó un poco la cabeza y vio a un grupo de melenudos con pantalones ajustados salir corriendo calle abajo por Fuencarral.

Un matrimonio que pasaba por allí se acercó para ayudarlos. Jaime tenía todo el cuerpo molido a golpes. David se tapó la cara con las manos, y apenas pronunció palabra. Al retirarlas, Jaime pudo observar su cara hinchada por los golpes con el puño americano. La sangre le brotaba por toda la cara pero al menos estaba consciente. Jaime se inclinó y observó sus ojos medio hinchados.

—¡David tío!, ¿estás bien tronco?

—¿Qué me han hecho esos hijos de puta? —balbució a duras penas.

—Tenían un puño Americano, lo he visto, un pavo con parches de esos *jevis*.

Las dos personas mayores que les ayudaban le acercaron un pañuelo a David para limpiar un poco su cara. La situación parecía peor de lo que Jaime pensaba y tenía pinta de que le habían roto hasta la mandíbula. A Jaime no se le olvidaría la cara del que les golpeó, la tenía grabada en la cabeza.

Unas horas antes.

Mientras se miraba en el espejo, observaba con orgullo sus preciosos ojos verdes, heredados de su abuela. Su media melena rizadita le hacía cara de niña buena, de no haber roto un plato nunca. Sus amigas, más zorronas, siempre la trataban como la buena del grupo.

Se secó el pelo, terminó de maquillarse y pintarse los ojos, y empezó a vestirse con esa minifalda que dejaba ver sus rodillas. Cogió las medias del cajón de la cómoda y se las puso lentamente. La blusa roja con hombreras y los zapatos de tacón no muy alto, la hacían parecer más esbelta y de mayor estatura de lo que era en realidad, aunque no tenía ningún complejo y le importa bien poco lo que opinasen los demás.

Salió un momento a la terraza del ático y se asomó por la ventana observando el gentío y la cantidad de coches que había a esa hora. La parada del Metro Diego de León estaba justo en frente, donde el parque.

—Pero que pinta de zorrón tienes con esos zapatos de tacón —dijo en el pasillo su hermano Jorge.

—Anda… eso es la envidia.

—¿Que es?, ¿para aparentar más del metro y medio que mides?

—Oye guapo, un metro y cincuenta y cinco y con mucha honra eh.

Jorge la abrazó cariñosamente.

—Que es broma tonti, si eres la hermana más guapa que tengo y lo

sabes.

—Si claro, como soy la única —rieron los dos.

—¿Vas a salir?

—Sí, he quedado con estas en *Pachá*.

—Mira que pija la niña, ¿y cómo le va a Paula?

—Pues tiene novio, así que olvídate, —dijo Vicky a sabiendas que no era cierto.

—No, si no lo decía por nada, eh, mal pensada, solo para ver cómo le iba. Además yo también tengo novia.

—Yaaaaa, no te lo crees ni tú, si todavía eres un crio, guapo, pero un crio de trece.

—Que si Vicky, una tía del cole, el otro día nos dimos un beso en la boca.

—Buah, sería con la ciega, ja, ja, ja

—Anda, anda, pásatelo bien en *Pachá*, y no ligues mucho eh…

—¿Y ese flequillo que te estás dejando tan guay? Joder no sé cómo puedes ver, si te tapa los ojos casi.

Jorge se retiró ligeramente el pelo de la frente dejando ver sus bonitos ojos verdes, también heredados de la abuela.

—Pues ya ves tía, a la moda.

Vicky entró en la cocina y vio a su madre con el delantal puesto preparando la cena. Observó un momento el pollo sobre la encimera de granito oscuro y el horno encendido, «uhmmm, pollo asado, que rico»

—Hola Mamá, que pinta tiene eso.

—¡Hola!, ¡qué guapa estás!, ¿a dónde vas hoy?

—Gracias, pues he quedado con Paula y Leticia, vamos a salir a una discoteca.

—Pues tener mucho cuidado hija, que ya sabes todas las cosas que pasan

por ahí.

—Si mamá no te preocupes, vamos las tres juntas y luego volveré en un taxi.

—Ya sabes que desde que tu padre no está en casa, tengo miedo de que os pase cualquier cosa.

—No te preocupes mama, adiós, muac —le dijo dándole dos besos en la mejilla.

Sentada en el vagón del Metro, notaba las miradas clavadas en ella, especialmente de los chicos, que parecían buitres al acecho. Se sentó un poco incomoda con la situación. Miró al chico de enfrente, un *jevy* que llevaba la cazadora vaquera lleno de parches de *Iron Maiden*, pero este rehuyó la mirada. De pie había tres tíos con pinta de pijos tontos que no paraban de hacer bromas entre ellos, mirándola. Vicky se giró y rápidamente agacharon la cabeza, «*menudos cobardes*», pensó. En otro lado, una chica no paraba de observarla, como con envidia o algo, «*le debe de gustar mi minifalda*».

Un músico de los que piden habitualmente, se puso a cantar, y un grupo de chicas adolescentes del vagón le siguió el juego y comenzaron a cantar con él, atrayendo las miradas de todo el vagón.

Paula estaba esperando impaciente a la salida del Metro, en Tribunal. Con su precioso pelo largo y rojizo era imposible no distinguirla entre la multitud. Mucha gente pensaba que era escocesa por su tez tan blanca y pecosa. Ella solía decir que una tatarabuela suya era de Glasgow, pero no estaba segura. Tenía los ojos marrones color miel y los labios muy carnosos. No es que fuera despampanante, pero tenía un buen físico y un atractivo indiscutible. Le encantaba ir siempre a la moda, muy pija y sexi. La amistad que las unía, era desde la infancia, nadie se entendía tan bien como ellas y eran inseparables.

Vicky fue corriendo hacia ella y se fundieron en un cálido abrazo.

—¡Jo tía! cuantas ganas tenía de verte —le dijo Vicky dándole dos besazos.

—Yo también, por cierto que guapa te has puesto. ¿Vas de ligue? —preguntó Paula al verla tan guapa.

—Tú también estas muy guapa Paula. —dijo Vicky fijándose

inevitablemente en el escote de su vestido.

—¡Wow!, así no se te escapa ninguno. —volvió a decir.

Paula agachó su cabeza para poder verse el hueco entre sus pechos y su amplia blusa.

—Si ya sabes… me he tenido que cambiar de ropa en el baño del bar, que mi madre como me vea así me mata.

—¿Y leti?

—Pues estará al caer, seguro que se está cambiando en algún baño también, ja, ja, ja —dijo Paula entre risas.

—Vaya zorrones que estáis hechas.

De pronto, se escucharon gritos de fondo, como de una tía loca, pero resultó que era Leticia "la discreta" que venía corriendo al verlas. Apareció con una minifalda imponente y unas medias subidas hasta la rodilla, dándola un aspecto muy sexy, y más con ese pelo corto y rubio a lo *Brigitte Nielsen*. No era de extrañar que no le faltaran admiradores.

Se abrazamos las tres armando un ligero escándalo. La gente de alrededor se quedaba mirando y una señora mayor hacía gestos de desaprobación según pasaba por ahí.

—¡Wow!, estás increíble —exclamó Vicky.

—Es verdad Leti, que bien te quedan esas medias. ¿En qué bar te has cambiado? —preguntó Paula con malicia, casi insinuando.

Leticia miró de arriba abajo como con desprecio a Paula y dijo con su característica chulería:

—Pues supongo que en el mismo al que has ido tú.

—Bueno chicas, dejaros de bobadas y vamos a entrar, creo que hoy está Ramón en la puerta.

—Joder que guapo es, me lo comía entero —exclamó Paula mordiéndose el labio inferior.

Ella tan bruta como siempre, lo soltaba tan natural que siempre les hacía reír.

Esperaron en la cola de Pachá unos diez minutos viendo a los tíos buenos pasar. Cuando les llegó el turno, se dirigieron directas a Ramón, le dieron dos besos y entraron directamente, sin tener que pagar. Se escuchaba a *Bangles*, con su canción de moda *Walk like an egyptian*.

Nada más cruzar la cortina roja de la puerta principal, y sin dejar aún la ropa en el ropero, un tío muy pálido con pelo oscuro se acercó descaradamente a Vicky y le susurró al oído:

—Hola guapa, me he fijado que has venido más veces por aquí pero nunca te había dicho nada.

Aunque no estaba mal el tío, sinceramente no le gustaban los chicos tan egocéntricos, que se creían el ombligo del mundo.

—¿Así?, pues yo nunca te he visto, fijate —dijo provocando en él una sonrisa un tanto hipócrita.

—Mira que me extraña, porque vengo muy a menudo y todos me conocen.

—¿Qué pasa, que vives aquí?

—Bueno, en realidad no, aunque vivo cerca, en la Castellana, pero resulta que como tengo la tarjeta Vip de Pachá, pues es lo que tiene, ya sabes, entrada gratis con copa.

La verdad es que sintió repulsión al escuchar eso, pero también levantó en ella un sentimiento de envidia al ver brillar la tarjeta dorada entre sus manos y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se notara demasiado.

—¿Puedo invitarte a una? —insistió.

—No bebo, pero gracias.

—Pues tú te lo pierdes —dijo alejándose con unos amigos.

Leticia, que había estado atenta a la conversación desde la lejanía, en cuanto el chico se había ido le dio un pequeño empujón y le dijo con asombro:

—Pero tía, ¿no sabes quién es ese?

Vicky se quedo pensando dubitativa un segundo.

—Pues…no, ¿quién es ese gilipollas?

—Sí joder, el actor ese… ¿cómo se llama…?

—¿Ese que sale en las pelis de Almodóvar? —preguntó.

—Sí creo que sí, me suena, bueno que más da, es súper guapo.

—Pues a mí me ha parecido un tonto engreído.

—Ay chica, como eres de exigente —intervino Paula que estaba dejando su cazadora en el ropero.

—Vosotras es que sois un par de putones y cualquiera que os diga algo ya os liais con él. —Se miraron sin poder evitar que les entrara la risa floja.

En este mismo momento estaban poniendo una canción de *George Michael* y bailaron un poco.

Vicky se fijó a lo lejos, y vio un par de chicos de pie en la barra y uno con el pelo largo y cara de niño le llamó la atención, le resulta guapo. Se lo comentó a sus amigas.

—Oye, disimular un poco, pero allí al fondo, esos dos que están en la barra, ¿qué os parece el de la derecha?

Paula, se giró de forma descarada, pasando totalmente de ser discreta.

—Bueno, normal, los he visto mejores...

¿Te gusta?, a mi me parece normalito, muy blanquito, ¿no?, pero sobre gustos los colores —dijo Leti.

—No está mal, no sé, tiene algo —dijo Vicky fijándose mejor en él.

—Buenos si lo comparas con el gordito de al lado, pues si, está hasta bueno.

—Ve a pedirle un cigarro —propuso Paula.

—Pero si no fumo —rieron las tres.

—Bueno hija, pues vas y le pides uno para mi, que además ando escasa.

Se armó de valor y se acercó a pedirle un cigarro. Al verle más de cerca notó que era más joven de lo que parecía, pero le resultaba atractivo de todos modos. Era muy pecoso y blanco de cara. Le notó algo nervioso y patosillo al sacarse el mechero para darle fuego. Vicky se limitó a observarle fijamente a los ojos para ver si se daba por aludido. Apenas devolvió la mirada, «*debe de ser muy tímido, pobre*»

Vicky regresó con sus amigas y le llevó el cigarro y el mechero a Paula. Cuando esta se lo encendió, volvió para devolvérselo al chico. Según se iba acercando, observó de reojo como los dos miraban hacia ella. Le devolvió el mechero y se volvió afijar detenidamente en él, poniéndole aún más nervioso.

—Gracias —le dijo.

El chico, esta vez sí miró a los ojos pero no dijo nada.

Volvió con sus amigas. Ya era casi la hora del cierre, así que decidieron irse a casa. A lo lejos escucharon un alboroto y vieron a un chico tapándose la cara con un pañuelo y que llevaba la camisa llena de sangre, «vaya barrio, siempre pasa algo», pensó Paula.

Capítulo 4

Capítulo IV

Unas semanas después

El teléfono daba señal un buen rato pero nadie lo cogía…hasta que finalmente se escuchó una voz de algo o alguien que parecía medio sobado al otro lado del aparato.

—¿Siii?, ¿quién es?

—¡Que pasa Santi!, vaya voz de ultratumba que tienes tío.

—AGHHHHHHH —Bostezo.

—Joder tronco, que resaaaacón tengo, estoy molido, pa los restos macho.

—¿Y eso? —le preguntó Jaime mientras se entretenía enroscándose las puntas del pelo en el dedo.

—Nada, que ayer estuve con estos en *Jácara* hasta que chaparon y luego nos fuimos al *Callejón*.

—¿Hasta muy tarde?

—AGHHHHHHH —Otro bostezo—. AGHHHHHHH —Otro más—. Pues estaríamos hasta las seis o siete de la mañana. Ya sabes, con Beto que es un puto mafias y conoce a toda la banda allí.

—Ya te digo, es muy popular el cabrón. Bueno y… ¿pillasteis cacho? —preguntó intrigado.

—Déjame que termine, joder… así que imagina… empezaron a rular mazo de copas, aunque la mayoría debían ser garrafón porque tengo un dolor de melón de pelotas.

Jaime escuchaba atento, con curiosidad.

—Beto que conoce a una de las camareras me la presentó; tío tenías que verla, estaba tremenda. Total que me pongo a brasearla y tal, y al poco aparece una amiga suya, pelirroja, preciosa, y me quedo hablando con ella —siguió contando Santi.

—Bueno ¿y qué pasó? —preguntó Jaime presintiendo el final.

—Pues nada… que después de unas copas más acabé comiéndomela, y joder… menudas brevas tenía tío, me dejó sobárselas a saco donde los sillones. Nos empezamos a magrear los dos a mansalva, se notaba que gozaba, se puso súper húmeda, y cachonda —dijo Santi con un tono de excitación total.

Jaime se podía imaginar su cara de vicio, aunque no le estuviera viendo, se conocían demasiado «*qué suerte tiene el cabrón*», pensó con ligera envidia.

—Ya veo que no perdiste el tiempo, pero si es que no paras, que cerdo eres tío, no dejas ni una —rieron los dos.

—Y yo que quieres que haga, el que es guapo es guapo y me las tengo que quitar de encima…

«*Que puto chulo es*».

—¿Y Beto qué? los mocos como siempre ¿no? —dijo cambiando de tema.

—Pues ni puta idea, cuando me iba a pirar le busqué por todo el garito pero ya no estaba, supongo que se iría a casa, pero seguro que no se comió un colín, con esa cara...

—¿Y no pego a nadie?

—También me extrañó a mí sí, pero esta vez se portó bien y no se metió en broncas, AGHHGHHHHHGH —soltó de nuevo un bostezo enorme—. Bueno… ¿y qué te cuentas tú, Jimmy? —preguntó con voz áspera y resacosa.

—Poca cosa la verdad, en comparación contigo nada excitante, simplemente que tengo ganas de liarla hoy, me apetece pillarme un buen pedo, no sé…lo que surja.

—Cierto, a mí también.

—¿Qué tal ir a patear a unos *jevis*?

—Joder que manía les tienes macho, aunque te entiendo, después de aquella paliza que os dieron…

—No es manía, es puro odio, además, después de cómo dejaron al pobre David.

—¿Qué tal le va?, hace mucho que no se de él —preguntó Santi.

—Pues desde aquello, su madre no le dejó salir más conmigo, decía que era una mala influencia y esas cosas. El pobre no quedo bien del todo y le quedaron secuelas psíquicas y movidas de esas.

—¡Joder, flipo!, como si hubieras sido tu el de la paliza.

—Ya bueno, es lo que hay. Por eso quiero vengarme de esos hijos de puta algún día.

— ¿Y que pretendes, algún plan macabro se te ocurre?

—Cualquier cosa tío, ir a la *Canci* y prenderles fuego allí, yo que se…

La sala *Canciller*, Metro El Carmen, fue el templo del Rock de los años ochenta y noventa. Es ahí donde la más variopinta fauna urbana, pobló la sala durante míticos conciertos de música Rock y Heavy. Grupos como *Ñu* incluso grabaron discos allí.

—No seas animal, la venganza es un plato que se sirve fría, ya sabes…

—Es verdad, que bien te ha quedado la frase —rio.

—No te preocupes, que ya pensaremos algo, les daremos lo que se merecen.

—Entonces, aparte de liarnos a hostias con toda la peña y cargarnos unos *jevorros*, podríamos ir primero a jugar unos futbolos a tu barrio y luego a tomar algo en algún garito, por ejemplo al Mondongo o algo así, y más tarde tirar pa *Jácara*. ¿Qué te parece el plan? —Propuso Jaime.

—Joder que buena organización en un solo minuto, me dejas flipado tronco.

—Es que yo voy pa jefe, ya sabes…

—Por cierto, el finde que viene mi viejo estará en Joy, que hay una fiesta de esas del cine.

—¿Y podemos ir?

—Le preguntaré a ver si puede pasarnos, así te presento a Victoria Abril y al Resines —dijo Santi vacilando.

—Bueno a ver si mis viejos me dejan quedarme en tu kelo a “sobar”.

—A ver…bueno no me enrollo más, pásate por aquí y tiramos pa los Guay, luego ya veremos donde ir a emborracharnos antes de pasarnos por Jácara, pero déjame sobar un rato, me hace falta, ¿vale?

—Si tío, tienes una voz de hecho polvo…, descansa un rato. Yo me daré una duchita y en una hora o así te veo en tu casa.

—Venga, ciao, nos vemos luego, AGHHHHHHH.

Nada más colgar, Jaime se encendió un Fortuna y dejó que se consumiera tranquilamente pensando en como joder a esos jevorros macarras, darles en su punto débil, donde más les doliera. Abrió el armario para ver que ponerse y al ver la fila de pantalones *Leviś* de todos los colores, agarró los negros con el parche escocés en el culo y cogió la camisa de cachemira verde y blanca. Por supuesto, todo conjuntado con unos calcetines de rombos negros y grises. Le dio la última calada al cigarro y lo espachurró en el cenicero. Abrió la ventana de la habitación para que se fuera el olor y sus padres no se enterasen de que fumaba a escondidas. Al desvestirse en el baño, presumió ante el espejo lo fibroso que estaba. Abrió el grifo de la ducha y se quedó debajo del agua cantando una canción de *Los Hombres G* que le vino en ese momento a la cabeza.

Santi a su vez, de lo cansado que estaba, se dejó caer en la cama, quedando completamente dormido en dos minutos.

Jaime al salir de la ducha, terminó de secarse el pelo con ayuda del secador, se vistió y usó su colonia *Lacoste* para oler bien, cogió dos mil pesetas de un cajón y se los metió en su cartera. Por último, se calzó las flamantes *New Balance* recién traídas de Estados Unidos. Descolgó del perchero del hall la bomber negra y salió de casa hacia el Metro, caminando a su ritmo, fijándose en la gente que paseaba.

En el vagón había un par de tías que no paraban de mirarle, él las miraba también de vez en cuando, pero debido a su timidez, perdía siempre ese tipo de duelos. Tardó como media hora en llegar.

Al salir del Metro Cartagena, y según iba acercándose a casa de Santi, como a dos metros aproximadamente, se estampó un huevo en el suelo y casi le salpicó. Al mirar hacia arriba, pudo distinguir al cabrón de Santi en las alturas del imponente edificio donde vive, cerca de AV. América. Sus gestos de triunfo con las manos le delataban.

«*Será mamón*».

Al entrar en el portal, el primer recibimiento fue del portero ese con cara de amargado que tampoco cariño les tenía, siempre le pareció un cretino, aunque pensaba que, «a saber lo que Santi le hacía también».

Según se iba acercando sigilosamente a la portería, sintió la incomodes del silencio, y procuró no mirarle a los ojos, pero al pasar por donde estaba sentado, ese silencio se interrumpió, y con cara de pocos amigos, el viejo portero preguntó.

—¿A qué piso va?

—Ehhh… voy a ver a Santi, al quince b.

—Está bien, coja el ascensor de la derecha —refunfuñó.

Hasta que la puerta no se cerró por completo y le dio al piso decimo quinto, no respiró aliviado. Una vez con la puerta cerrada, Jaime levantó su dedo medio con "valentía", haciéndole burla «*menudo hijoputa*», pensó.

El ascensor, bastante viejo por cierto, tardó un siglo en llegar al piso quince, llamó al timbre y escuchó a través de la puerta unos pasos subir una escalera a toda prisa y entonces se abrió la puerta. Ahí estaba Santi, vestido con su camisa *Chevignon* blanca, sus botas camperas y sus largas greñas rizadas perfectamente peinadas hacia atrás, siempre impoluto.

—¡QUE PASA BESTIAAAA! —gritó eufórico mientras se abalanzó sobre él para abrazarle y de paso sobarle las nalgas como si fuera una tía.

Jaime intento zafarse sin éxito.

—¡Vaya culito! uhmmm, y con esa melenita te follaba vivo ahora mismo —dijo exultante.

Santi le soltó por un momento, agachó la cabeza dejando caer su hermosa cabellera y con ayuda de una goma se hizo una coleta, mientras se miraba en el espejo del pasillo con orgullo. Jaime aprovechó para agarrársela con la mano (la coleta) y tenerla bajo su control por unos segundos, pero a Santi, que no le debió hacer demasiada gracia, se enfureció ligeramente.

—SUELTA COÑO, QUE ME DESPEINAS, JODER.

—Anda, que pareces una niña presumida —dijo Jaime soltándole el pelo.

—Podías hacértela tú también, ya tienes greñitas para eso.

—Ya tío, lo que pasa es que me mola así, suelto, impone más.

—Chaval, para ser malote hay que nacer, siempre serás un pijales pringao —exclamó con su habitual chulería.

El tirar huevos era uno de sus pasatiempos al que se dedicaban en las horas muertas en casa de Santi. Los taxistas de la parada de abajo y las prostitutas que había en la misma calle eran el objetivo principal. Desde la terraza, cuando tiraban uno, rápidamente se escondían, y al rato, al asomarse de nuevo, podían ver como la gente miraba hacia arriba, buscando al culpable.

—Venga, vámonos que tengo mono de futbolo.

—Sí, yo también

—Hoy no quiero que nos gane ni dios, a ver si te portas en defensa.

—Ya sabes que hago lo que puedo. Podías dejarme algún rato en la delantera.

—Casi que no, mejor quédate en la defensa que hoy habrá peña muy buena tío.

—¿Mejor que tú?

—Eso nunca.

Subieron caminando por Corazón de María y giraron en Poeta Claudio Rodríguez hasta llegar a Clara del Rey donde estaban Los Guay, los futbolines del barrio, donde se reunían todos los colegas de Santi. Durante el camino se les cruzó un grupito de niñas bastante monas y pijas y como viene siendo habitual, no pudieron evitar bromear con ellas.

—¡HOLA!, ¿Qué tal?

Se giró una chica encogiéndose de hombros y mostrando poco interés.

—Hola —respondió sin demasiado énfasis otra del grupo, una rubia con el pelo muy largo y liso.

—¿A dónde vais? —preguntó Jaime, obviamente más interesado.

—Por ahí, de fiesta —dijo la más lista, la de las gafas con minifalda.

—A ti que te importa —se escuchó a otra, la que parecía más fea del grupo.

—Bueno, tranquilas que no mordemos, es que hay una fiesta privada hoy en Jácara y tenemos entradas gratis con copa, ¿os gustaría veniros luego a tomar algo?

Ellas se miraron unas a otras, dubitativas, antes de contestar.

—Pues… Es que vamos a ir *Pachá*, ya hemos quedado —dijo la de las gafas con un tono más amable.

«*Pero que tontas, parece que tienen un huevo en la boca*», pensó Santi.

—Bueno, vosotras os lo perdéis, va a estar genial. De todos modos, si lo pensáis mejor, preguntar en la puerta de atrás por Tomás, Tomás Turbado, decirle lo de la fiesta privada para que os deje entrar, que venís de parte de Pedro Jete.

Aguantaron las risas como pudieron.

Ellas con gesto serio, y con síntoma de no haber pillado la gracia a sus bromas, se despidieron de forma un tanto seca

—Vale, luego lo pensamos, adiós.

Santi no podía más y empezó a descojonarse mirando a Jaime como se agarraba el paquete con las dos manos y daba saltos dirigiéndose hacia ellas sin que estas le vieran.

—Vaya tontas, te ríes en su cara y ni se enteran —exclamó Jaime.

—También podíamos haberlas dicho que pregunten por Macías Pajas, o Armando Guerra Segura, que subnormales, ni se han coscado —bromeó Santi.

En la puerta de Los Guay, había bastantes motos aparcadas, Vespinos, TZRs, NSRs, MBXs y alguna Vespa hortera que otra. Varios malotes melenudos vestidos con chupas vaqueras de borrego y bombers compartían un pitillo o un quizás un canuto. Según se acercaban, notaban

sus miradas prepotentes y con cara de pocos amigos.

Al ver un Vespino lleno de adhesivos de discotecas, súper hortera y de color amarillo, adivinaron enseguida su dueño.

—¡Mira!, ahí están los *brothers*, esa horterada es su moto, vamos a darles pal pelo —exclamó con arrogancia Santi.

Los Guay no dejaban de ser unos salones recreativos de toda la vida, muy ruidosos, dividido en dos partes, una donde había cuatro futbolines y la otra donde estaban las tragaperras y máquinas de video juegos. El humo de los cigarros se palpaba en el ambiente, y todos los futbolines estaban ocupados en ese momento. Las máquinas tragaperras no paraban de sonar buscando victimas.

En uno de los futbolos, estaban los *brothers* echando una partida con otros dos pavos. Levantaron la cabeza al verlos llegar.

—Mira que son feos —le susurró Santi a Jaime.

—Ya te digo, fíjate que intento de greñas se están dejando.

—Ya ves, de esas lisas grasientas —rieron antes de acercarse a la mesa de madera con porterías.

—¡Que pasa troncos! —exclamaron en señal de saludo.

—¡Muy buenas chavales!, somos los siguientes —dijo Santi poniendo una moneda de veinticinco pesetas en la parte de la esquina del futbolín.

Mientras esperaban a que acabaran la partida, observaban atentos el juego de Juanjo, el que estaba en la defensa, el cabrón era una puta máquina y era complicado meterle un gol. Se movía muy rápido y no dejaba un solo hueco en la zaga.

—Ya sabes tío, tú a defender a muerte, que no te hagan el lío arriba, fíjate que Jaime, el de los granos, siempre busca el tiro cruzado con el de la izquierda —le susurró Santi al oído.

Ganaron sobrados su partida y les tocaba ya el turno a Santi y Jaime. Se entretuvieron mirando como los perdedores se iban echándose la culpa uno al otro mientras se alejaban. Jaime se recogió las mangas de su camisa por encima del codo, agarró con la mano izquierda al portero por el mango de madera y con la derecha a la defensa. Santi hizo lo propio

con la media y la delantera. Juanjo, le dio una última calada al cigarro y lo colocó en el vaso de plástico que hacía las veces de cenicero improvisado. Santi se colocó sus greñas hacía atrás para que no le molestasen y mostró su dedo pulgar en señal de ok.

—Recuerda, no hay quien nos gane, tú presiona arriba y no dejes que pasen de la media, cuanto menos se me acerquen mejor. —ordenó practicamente Jaime.

—No hay quien te engañe, eres un hacha organizando —vaciló Santi—. Tú dedícate a parar todo y cuando la tengas intenta disparar con fuerza con la defensa, eso que tan bien te sale.

Los *brothers* introdujeron la moneda por la ranura, tiraron de la palanca y después del estruendo empezaron a salir las bolas de madera depositándose en su bandeja.

El hermano de Juanjo, el menos feo dijo:

—¡Os vamos a follar cabrones!, que sois más malos que la leche.

—¡Huuuuuuuuuuu que miedo! —dijo Santi haciendo aspavientos con las manos.

Jaime se acercó al oído de Santi y le susurró algo, que le hizo reír.

—Joder, si es que son muchos más feos a la luz.

—Joder no me desconcentres tío —Santi soltó una carcajada.

Ellos les miraban intrigados, pero sin atreverse a preguntar de qué se estaban descojonado.

—No vale ni media ni guarra —dijo Santi, dejando las reglas claras.

Según le llegó la bola a la delantera, Santi empezó hacer malabares pasándosela de uno a otro con una velocidad endiablada mientras Juanjo lo único que podía hacer era intentar defender con su defensa y el portero. Cuando Santi la tuvo controlada con el extremo izquierdo, la cruzó de pronto con un golpe seco muy veloz, chocando esta dentro de la portería y metiendo el primer tanto.

—¡COMEROS ESTA CABRONES! —gritó exultante y dando saltos de alegría.

De fondo, el ruido de las tragaperras desconcentraba a Jaime y parecía que le estaban llamando.

Prosiguieron la partida intentando contrarrestar sus duros ataques defendiendo a muerte. Le llegó la pelota de nuevo a Santi, que esta vez la paró en seco y haciendo su movimiento favorito con la muñeca, soltó tal latigazo que no les dio tiempo a ver la pelota, ¡vaya golazo!

—¡TOMAAAAAAAAAAA! —gritó Jaime con emoción.

—Que cabrón, como pilota con la muñequilla —le dijo Juanjo a su hermano.

El ego de Santi era palpable y aumentó por momentos con semejante golazo.

Los *brothers* que iban por debajo en el marcador, atacaban ahora, pero sus embestidas eran repelidas por la defensa y el portero controlados por Jaime que acababa de realizar un paradón. Tanto fue el cántaro a la fuente que al final acabó rompiéndose, y fue en otro nuevo ataque rápido y frontal el que en un abrir y cerrar de ojos introdujo la bola en su portería.

—¡HALA CABRONES! que vamos a por vosotros –exclamaron exaltados los *brothers*, abrazándose.

El partido se estaba convirtiendo en un ida y vuelta, y después de continuos ataques en ambas porterías y un ejercicio de defensas numantinas, paradas de ensueño y jugadas brillantes, el resultado era de empate. El espectáculo estaba asegurado y mucha gente comenzaba a agolparse a su alrededor para poder presenciarlo.

Santi inhaló el humo del cigarro, sin tragarlo, abrió la boca y lo expulsó haciendo un aro perfecto en el aire y dejando atónitos a los presentes.

—Qué guapo tío, ¿cómo lo haces? —preguntó Juanjo.

—Años de experiencia —dijo con una sonrisilla orgullosa.

—Bueno, mete gana —exclamó Jaime.

Santi y Jaime se dieron la mano entrelazando los pulgares para animarse y darse fuerza.

—¡Vamos socio métela! —dijo Santi en un tono que no admitía réplica.

—Dejó caer Jaime la última bola por la esquina izquierda del portero y así poder controlarla con su defensa según caía, la mimó lentamente, se la

pasó horizontalmente entre los defensores buscando un hueco de tiro y finalmente disparó todo lo fuerte que pudo, colisionando la bola contra la delantera, en una cucharilla que estuvo a punto de marcarle gol sino es por la rápida actuación de su portero. Santi miró de reojo y respiró aliviado. Los cuchicheos de asombro de la gente eran constantes. La emoción estaba servida.

Reanudando la jugada, con el portero se la pasó a un defensa, que en lugar de buscar tiro como la anterior jugada, retrocedió pasándola de nuevo al portero y sin pensárselo dos veces disparó con este con todas sus fuerzas, viendo como la bola golpeaba violentamente en el fondo de la portería contraria.

—¡QUÉ GOLAZO, madre mía! —gritó Santi dejándole colorada la mano al chocarla con Jaime.

Santi, hizo el amago de darle la mano a Juanjo, pero cuando este se la acercó, la retiró rápidamente pasándosela por el pelo para vacilarles un rato, riéndose de los perdedores. La cara de los *brothers* era todo un poema.

—¿Queréis la revancha? —preguntaron ellos.

—Naaa, otro día, vamos a ver si ganamos unos talegos a la tragaperras —les dijo Jaime.

—Bueno bueno, veo que no tenéis cojones.

—Otro día nos vemos por aquí y echamos una. Hasta luego —se despidieron.

—Menuda paliza, estos se han ido jodidos —dijo Santi.

—Ha estado bien, son buenos los cabrones.

Le cambiaron un billete de mil pesetas en monedas de veinticinco al tío de la riñonera, un tipo de uno noventa que cojeaba de la pierna izquierda. Las echaron todas en un cesto y se pusieron cómodos en dos taburetes, dispuestos a gastarse el dinero en la famosa máquina de las tres sandias y que como premio mayor data hasta cinco mil. Empezaron a echar moneda tras moneda sin éxito, ni siquiera daba avances.

Santi, un poco frustrado ya, comenzó a golpear ligeramente la máquina. El responsable del salón les recriminó su actitud.

—OYE, SI NO SABÉIS ESTAR QUIETOS, LARGAROS A OTRO BAR, JODER, SIEMPRE IGUAL…

—Calla cojo borracho —respondió Santi en voz baja y sin ni siquiera mirarle.

Continuaron tirando el dinero hasta que la suerte les sonrió y salieron tres campanas seguidas.

—BIEN JODER, cuatrocientas pelas, algo es algo —dijo Santi con emoción.

La musiquita y el ruido de las monedas al caer en la bandeja llamó la atención de los viejos que malgastaban su dinero en las tragaperras de al lado. Todos se volvieron a cotillear. En lugar de recoger lo que habían ganado, siguieron jugando para evidentemente, acabar perderdiendolo todo. Decidieron jugarse las últimas partidas al popular juego *Double Dragon*, un juego de acción donde con la ayuda de los puños y patadas, deberán derrotar a los cientos de enemigos que aparecen y rescatar a la chica de turno. Jaime miró el reloj y vio que eran las ocho, hora de irse ya.

De camino hacia Francisco Silvela, se entretuvieron metiéndose con algún viejo que otro.

—Por cierto, que no se me olvide, resulta que el hermano de Beto curra en El *Canciller*, dice que de responsable, pero me da que es el que limpia o algo así, te lo digo por si aún tienes ánimos de revancha.

A Jaime al oír eso se le iluminó una bombilla.

—¡Hostias! pues cojonudo, tenemos que pensar en un plan. Lo mismo nos puede valer para algo. Se lo podemos decir a estos a ver si se quieren apuntar.

—Bah no sé, son unos rajaos, pero no perdemos nada —dijo Santi.

—Como sea el pavo de fiar como su hermano la llevamos clara.

—Ya te digo —exclamó Santi.

Llegaron al bareto y se sentaron en sendos taburetes en la barra.

—Vamos a meternos un par de *sol y sombras* como está escrito —Propuso Santi.

—Sí, habrá que echarle un par, aunque yo con tomarme dos ya voy fino

para toda la tarde.

El Mondongo era un bar, o mejor dicho un tugurio que olía a rancio, a humo de puro y fritanga de calamares a la romana. El dueño, un viejales con cara de pocos amigos, alzó la vista hacia ellos mientras le servía un pelotazo a un señor calvo en la barra.

—Ponnos dos copazos de esos de obrero, anda socio —pidió Santi con su desprecio característico.

El viejo, que le miró con el mismo cariño, se agachó para sacar las botellas de *anís* y de *cognac*, cargó las copas hasta la mitad, echó un par de hielos y se las acercó. Jaime fue el primero en atreverse y sentir como el fuego le atravesaba su garganta al tragarlo de un trago.

—¡Uffff joder!, que fuerte está coño —exclamó haciendo muecas de asco.

Santi que observaba divertido cómo se la bebió, se descojonaba.

—No entiendo como los currelas se toman esto por las mañanas —dijo Santi sorprendido.

Le tocaba el turno a Santi que de un trago y sin rechistar se bebió la suya. Jaime observó cómo sus ojos azules se volvieron chisposos y brillantes.

Los dos viejos de al lado reían al verle su cara de asco, «*estos borrachos se nota que están acostumbrados*», pensó Jaime.

Le dejaron las ciento cincuenta pesetas en el mostrador y se fueron directos en dirección hacia la inigualable discoteca *Jácara*, en la calle paralela, en General Pardiñas 99.

Según se acercaban a la puerta de atrás, se empezaba a divisar algo de cola, aunque no demasiada, ya que eran las nueve menos cuarto y cerraban en hora y media aproximadamente. En cambio en la puerta principal, la que da a Príncipe de Vergara, siempre se formaban colas mucho mayores, la mayoría de niñatos. Los relaciones se cebaban en pedir deneis a casi todos los presentes.Santi al ver a Marcos, se dirigió directamente hacia él.

—¿Qué pasa Marcos?, ¡que morenazo!, ¿otra vez has estado esquiando? —preguntó al acercarse.

Marcos al reconocer a Santi sonrió y se acercó a saludarle con un apretón de manos.

—Hombre Marcos, cuánto tiempo sin verte tío —dijo Santi.

—Sí, la semana pasada estuve en Baqueira —dijo el pijo del relaciones.

—Que bien vives macho.

—No me quejo —dijo sonriendo de nuevo y dejando ver su dentadura blanca e impoluta—. ¿Cuántos sois? —preguntó fijándose en Jaime.

—Pues somos solo nosotros dos.

—Por cierto… te he traído algo que te va a encantar —dijo Santi dándole un sobre.

—A ver a ver… —exclamó intrigado mientras abría el sobre, sacaba dos tarjetas y las leía detenidamente.

—¡Joder!, muchas gracias tío, pero no tenias que haberte molestado, en serio.

—¿Qué es? —le preguntó Jaime intrigado.

—Un par de entradas de cine para ver *HellRaiser*.

—Me apetece mucho ver esta peli, has dado en el clavo macho, que casualidad —dijo Marcos pasándose los dedos abiertos de la mano por su cabello negro perfectamente peinado hacia atrás.

—Vas a flipar, es de terror a tope que te cagas, para ir con una tía y que se te agarre todo el tiempo sin soltarte —rieron los dos.

Mientras Santi charlaba con Marcos, Jaime se dedicó a observar como un chico de unos dieciséis años discutía con otro relaciones porque parece que no le querían dejar entrar. Marcos nos dijo en voz baja:

—Es que ya le vale, traerse calcetos blancos a *Jácara*, que se piensa, ¿que esto es el *Canciller*? —dijo entre risas.

—Vamos, pasad por aquí —les indicó la entrada y les dio un par de copas gratis, «*objetivo cumplido*», pensó Santi orgulloso.

Según bajaban por la gran alfombra roja de la puerta de atrás podían sentir la vibración del suelo debido al alto volumen de la música. Al empujar las puertas interiores que daban acceso al recinto, el corazón de Jaime latía más deprisa de lo habitual por los nervios del momento. Debido a que estaba todo muy oscuro, le llamaba en especial la atención el escenario iluminado al fondo, con sus grandes cortinas oscuras colgando de la pared. Es ahí, donde gran variedad de grupos y artistas

musicales como *La Frontera*, *Mecano*, *Pingüino en mi ascensor*, *Eddy Grant, Radio Futura, Texas, Duncan Dhu*, etc.…, solían dar conciertos.

La pista de baile a sus pies, y la multitud moviéndose al son de la música. A su izquierda se encontraban las barras principales. Bajando por los escalones iluminados de luces de neón, se llegaba a la cabina del *DJ*, donde siempre había dos o tres personas poniendo y quitando discos sin parar. Al subir al escenario, en un lateral bastante oscuro, se dejaba ver un reservado con sillones, donde algunas parejas se lo pasaban engrande. A la izquierda y derecha del escenario, se encontraban los pasillos, siempre muy transitados de gente y donde se movía realmente el cotarro. Es ahí donde más se solía ligar.

Al dirigirse al piso de arriba, se apreciaba claramente lo que hace tiempo fue un cine, sus butacas reconvertidas en sofás no engañaban. Normalmente en esa zona no se venía para hacer turismo, ya que su cometido estaba bien definido. Si lo que se quería era pasar un buen rato sin miradas indiscretas de curiosos y pervertidos, esa era la mejor zona.

Se escuchaba ahora a *Modestia Aparte* por los bafles:

Y todo es por tu amor, es por tu amor.

Y si llamo no me abras.

Es por tu amor, es por tu amor.

Porque estoy como una cabra

y es peor, y es peor.

Siempre me ha gustado

leer novelas de terror,

dar saltos en los charcos,

cantar en el ascensor.

Nunca he comprendido

por qué a todos tus amigos

les extraña cuando digo

que en diciembre hace calor.

Y cómo pasa el tiempo,

qué cambio hemos pegado.

Yo sigo comiendo pizza,

tú sigues tan "mazizza"

como ayer. ¡Ja!

—VENGA, VAMOS A TOMAR UNOS COPAZOS —le sugirió Jaime a Santi.

—SIIIII, UNAS BOMBAS, QUE ME APETECE PILLÁRMELA HOY.

Santi parecía igual de exultante que Jaime.

La bomba consistía en una bebida compuesta por cinco tipos diferentes de alcohol, que además entraba bastante bien y estaba muy rica.

Bajaron a la barra principal del primer piso.

—¿Qué tomáis? —les preguntó el camarero que estaba licuando unos zumos en un cacharro metálico.

—Pues dos bombas —pidió Santi sin dudar.

—¿QUÉ? —preguntó poniéndose la mano abierta en la oreja, en señal de no haberles oído bien.

—QUE DOS BOMBAS —le gritaron los dos mostrándole dos dedos.

Al rato y después de quedarse un poco embobados viendo como las preparaba, le pagaron con los tickets que les dio Marcos, las removieron bien empujando los hielos hacía abajo con el dedo y comenzaron a bebérselas.

La música estaba bastante alta. Mientras disfrutaban de los “refrescos”, no dejaban de mirar a su alrededor. Algunas tías de lo maquilladas que iban aparentaban muchas más edad, pero no por eso dejaban de estar impresionantes con esas minifaldas tan sexis y esas medias hasta las rodillas, «*que seguramente no llevaban puestas al salir de su casa*», pensó Jaime. Se fijó en alguna parejita que estaba entremezclando saliva,

apoyada en la barra. Otros bailaban sincronizados con la música y otros intentaban hacerlo lo mejor que podían, aunque rozando el ridículo, sin mucho éxito.

Con *Technotronic* sonando ahora por los altavoces a todo volumen, Santi y Jaime, que ya iban «*colocadillos*», se desinhibieron completamente y se dejaron llevar también por la música de fondo, moviéndose según su instinto. Empezaron la ronda de reconocimiento ahora que el subidón llegó al clímax.

Get up on your feet

Before the night is through for you want miss

Get down to the beat

Pump it, stomp it, jam, trip on this!

Get the party started

Get it on, get a move on, kids

Rock to the beat

Pump it, stomp it, jam, trip on this!

Get up, get up, get busy do it

Get up and move that body

Get up people now get down to it before the night is over

Get up, get up, get busy do it

I wanna see you party

Get up people now get down to it before the night is over

Santi le hizo una señal con la cabeza para que le siguiera, así que agarró la copa, se estiró ligeramente para parecer más alto y le siguió hasta los pasillos. Se cruzaron en su camino con diferentes conocidos, bien del barrio o de peña que parecía que "*vivía en Jácara*". Por supuesto, saludos efusivos, y cuanto más fuerte mejor, en plan chulito, aparentando, sintiéndose orgullosos de conocer tanta peña. Jaime vio pasar también

alguna tía del cole, pero se hizo el despistado a propósito, ya que no aportaban nada para ellos y además eran de las chachorras, «no sé ni cómo las han dejado entrar», pensó. Además, que le vieran los «*colegas*» saludarlas no les molaría nada.

Al final del pasillo, Santi se paró un momento a saludar a Álvaro, uno de los colegas suyo que estaba antes jugando al futbolín también, en Los Guay. Jaime hizo lo propio.

—¿QUE PASA CHAVALES?, ¿A VER SI PILLAMOS CACHO HOY, NO? —dijo sonriendo.

—YA VES TÍO, VAMOS A VER SI ENTRAMOS A UNAS TÍAS, QUE YA VA SIENDO HORA Y ES CUANDO MAS DESESPERADAS ESTÁN—le gritó Santi al oído.

—Tío que me dejas sordo —le dijo sonriendo—. Joder, pues hace un rato había unas cuantas sueltas en los dos pasillos, teníais que haberlas visto, pero ha venido un grupo de pibes en plan buitre y se las han llevado a comérselas arriba… ¡menudos cabrones!, había como cuatro o cinco y han caído todas —dijo acercándose a los dos para no tener que subir la voz.

—Eso es cuestión de suerte, estar en el sitio y el momento oportuno, o bien ser un guaperas como yo, claro —dijo Santi todo chulo levantándose la solapa del cuello del polo.

Álvaro miró con complicidad a Jaime, pensando probablemente lo mismo que él.

Sonaba la canción que tanto les gustaba a Santi y a Jaime, la de I need you, así que se pusieron hacer la gracia cantándola con ese perfecto inglés de “